

ID: ihz004

Título: **Ramón Acín ha modelado la lápida que La Voz de Aragón dedica a Joaquín Costa en la calle que lleva su nombre**

Autor: **José María Lacasa**

Fecha: **28/9/1930**

Origen: **La Voz de Aragón, Zaragoza**

Cuando alguien dice de Acín que es un artista revolucionario, muchos –ésos que no son capaces de comprender- sonríen, cazarraamente maliciosos, con aire de gente que están en el secreto. Y, sin embargo, no se dan perfecta cuenta del alcance de esta palabra.

Ramón Acín es, efectivamente, un artista revolucionario. Hay que afirmarlo así. Porque nada más distante que su arte de los caminos trillados, de los derroteros conocidos; nada más en pugna con los viejos moldes y con las viejas normas.

Ramón Acín es un espíritu extraordinariamente inquieto, y esa inquietud, esa perenne excitación de su sensibilidad se refleja en sus obras, en su obra.

La actividad artística de Ramón Acín es multiforme: con el lápiz popularizó el seudónimo de “Fray Acín” al pie de caricaturas que son todo habilidad, ingenio y humorismo; pintor, ha merecido sinceros y desapasionados elogios de la crítica; escritor, su agudo ingenio, su exquisita sensibilidad, su fino humorismo, dan vida a cuanto sale de su pluma; escultor, se ha revelado como algo muy original, de personalidad bien destacada.

Varias exposiciones ha celebrado Ramón. Otros tantos éxitos de público y de crítica. Ahí están, para botón de muestra, las celebradas últimamente en las Galerías Dalmau, de Barcelona y en el zaragozano Rincón de Goya. Pronto piensa exponer en París.

Pero, por encima de todo, tiene Ramón Acín cualidades inestimables: su modestia, su sencillez, su naturalidad.

Modestia, porque dice –sin el menor asomo de ironía- “Para que alguien vea aquí, en Huesca, un trabajo mío, tengo que salir al balcón y al primero que pasa echarle un lazo y cazarlo como a los caballos de las Pampas”. No. A su estudio va gente; amigos todos, sólo amigos, es verdad; pero, ¿quién no es amigo de Ramón Acín, que hace de la amistad un culto? En Huesca, en Aragón, fuera de Aragón, se le admira y se le quiere. Acaso no todo lo que merece porque no se le conoce bien, porque no se le comprende bien...

Sencillez, porque para Ramón Acín parece escrito ese “Decálogo” de Eugenio D’Ors. Naturalidad, porque nada más opuesto que el al artificio, al aparato...

A pesar de todo, debíamos hacer una interviú a Ramón Acín y teníamos miedo. ¿De qué? ¿A qué, si Ramón es todo sencillez, todo cordialidad?... A eso precisamente: a su sencillez. Temíamos no interpretarle bien. Pero el propósito de que Ramón hablase por nuestro conducto a los lectores de LA VOZ DE ARAGÓN pudo más que el temor al fracaso de nuestro empeño. Si fue LA VOZ quien le encargó la lápida que ha de colocarse en la fachada de su nuevo edificio dando el nombre de Costa a esa calle, justo es que sea este periódico el que dé a conocer la obra maestra del maestro Acín.

-¿...?

- Sí, dando los últimos toques al barro para luego vaciarlo en escayola y después en bronce.

- ¿...?

- Es verdad: hace ya tiempo que tenía encargo de LA VOZ DE ARAGÓN de hacer este trabajo, pero no encontraba hora de comenzarlo. Ciges Aparicio, el anterior

director de LA VOZ, ha llamado a Costa en su último libro el “gran fracasado”. Comprenderás mi retraso; temía que mi lápida fuese, para Costa, un fracaso más...

- ¿...?

- Puede que te equivoques; puede que para Costa, contra tu opinión, sea esta lápida otro fracaso y de los más rotundos, no solamente artístico (que en realidad fuera lo de menos para él), sino fracaso moral. Recuerda aquella lápida que Costa redactó ante la patria difunta; lápida que está todavía sin esculpir, aunque fuese hoy tan oportuna como lo fuera ayer: “Aquí yace España, porque sus hijos no supieron odiar y maldecir”.

- ¿...?

- Es verdad; será mejor que dejemos lo comenzado; iríamos muy lejos; tan lejos, que puede que así como cuentan de Miguel Ángel que una vez terminado su Moisés le dio un mazazo a la piedra pidiendo que hablase, tendría yo también a este Moisés – pues como el bíblico, con su vara mágica, éste, con su bastón de paralítico, fue dotando de agua a los secarrales de la Patria- que darle un mazazo al barro para que callara. Dejemos “su” lápida, porque en realidad esta lápida no es mía, sino de todos.

- ¿...?

- En una obra de arte la parte plástica es la fundamental; la simbólica la accidental; mas, por fortuna, Costa era hombre polifacético y pueden escogerse muchos fondos que vayan bien para exaltar su figura; figura que en realidad se exalta sola.

- ¿...?

- La orientación de la lápida es un tanto clásica, por ser, a mi ver, el marco más apropiado. La cabeza de Costa la de un Júpiter aburguesado. No olvidemos que Costa fue el hombre del 98 y el 98, o el post 98 mejor, con el movimiento de las Cámaras de Comercio e Industria a la cabeza, fue un momento esencialmente burgués. Momento que la burguesía española no supo aprovechar y que bien habrá de pesarle, pues, sin haberse cerrado el ciclo burgués, tendrá ésta que sufrir una realidad proletaria. No quiso el 98 seguir a Costa con su “cirujano de hierro injerto en San Francisco de Asís”, y un cuarto de siglo después echó mano de Primo de Rivera, que para tener algo de San Francisco hubo de morir y que lo amortajasen con el hábito de franciscano; y de cirujano –con lo hondos y viejos que eran los males de la Patria- no tenía nada; no pasaba de ser Primo de Rivera un mal practicante en cirugía menor.

- ¿...?

- Detrás de la cabeza de Costa la diosa del Saber: Minerva, pero sin lanza. La famosa “escuela” no puede tomarse en sentido de colegio de párvulos, sino en sentido de “cultura”, como su famosa “despensa” tiene que tomarse en el sentido, amplio, aunque ambiguo, de “riqueza” y no en sentido de jamones y latas de conserva en estancia bajo llave, y su política hidráulica no puede representarse por un chorro de agua que surja por grifo de latón.

- ¿...?

- Sí; todo lo demás de la lápida es alusión al Ebro, ese Ebro fecundo y bello que, como decía Costa, “tiene delta como el Nilo, es glorioso como el Tíber, como el Támesis navegable...” Ese Ebro que si ayer detuvo a las huestes de Carlomagno y a los ejércitos de Napoleón, mediante su aprovechamiento racional preconizado por Costa puede mañana librar a Aragón, y con su ejemplo a toda la península, de los ataques de la miseria.

- ¿...?

- Han visto muy pocos esta lápida, aunque hace algunos días que la llevo entre manos. En general el español es apático o poco interesado o poco culto para las cosas de arte. El aragonés decía Costa que era dos veces español y los oscenses digo yo que son dos veces aragoneses, o lo que es igual, tres veces españoles; figúrate, pues... Para que alguien vea aquí, en Huesca, un trabajo mío tengo que salir al balcón y al primero que pasa echarle un lazo y cazarlo como a los caballos en las Pampas americanas. Si en todo momento noto el hueco de la amistad de Silvio Kossti

–cuando él no se encontraba en mi estudio era que yo me hallaba en el suyo- ahora, modelando esta lápida lo echo en falta más que nunca, pues él, gran amigo de Costa, le conocía bien física y espiritualmente y el trabajo lo habría hecho yo con más agrado y, desde luego, mejor.

Hemos de dar por terminada nuestra charla porque la oportunidad ha venido a poner de manifiesto, una vez más, la modestia de Ramón Acín, a la que aludimos al principio de este trabajo.

La sirvienta irrumpe en la estancia y dice:

-Señorito: Unos señores, que parecen forasteros, desean ver el estudio.

Sonríe Ramón y le tendemos la mano en despedida, preguntando:

- ¿También a estos los has cazado con lazo?

José María Lacasa